

Cuerpo, tecnología y control en la era farmacopornográfica.

Celeste Florencia Ramirez.

Cita:

Celeste Florencia Ramirez (2024). *Cuerpo, tecnología y control en la era farmacopornográfica*. *Ethika+*, (9), 75-101.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/celeste.ramirez/10>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p4bY/ZQF>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Cuerpo, tecnología y control en la era farmacopornográfica

BODY, TECHNOLOGY AND CONTROL IN THE
PHARMACO-PORNOGRAPHIC ERA

Celeste Florencia Ramírez¹

Universidad Nacional de San Martín (UNSAM-Argentina) y
Universidad Autónoma del Estado de Guerrero (UAGRO-México)
ramirezcelestef@hotmail.com

RESUMEN: Este artículo se propone analizar la producción tecnopolítica del cuerpo en la era farmacopornográfica, siguiendo las propuestas teóricas de Paul B. Preciado. En primer lugar se presenta el régimen disciplinario donde los procedimientos de vigilancia y control son exteriores al cuerpo. En un segundo momento, se analiza la constitución de un régimen soma-

¹ Maestranda en Humanidades (Universidad Autónoma de Guerrero, México). Becaria Conahcyt (Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías, México). Licenciada en Filosofía (Universidad Nacional de San Martín, Argentina). Realizó su estancia de investigación en la Universidad Hradec Králove, República Checa. Integrante del proyecto de investigación “Spinozismo contemporáneo: ontología, realismo, democracia” (UNC). Orienta sus estudios hacia el pensamiento de Gilles Deleuze, especialmente sobre las nociones de individuación, subjetividad y deseo. <https://orcid.org/0000-0001-9351-0154>

topolítico de subjetividad, denominado farmacopornográfico, en el cual se utilizan tecnologías microprostéticas de control. A continuación, se señalan las principales tecnologías que crean, reproducen y consolidan un determinado sujeto y corporalidad en la era farmacopornográfica. Finalmente, se plantea la hipótesis de que, a pesar de la producción biopolítica masiva de ideales heteronormativos, es posible una salida desde el interior de las identidades sexuales.

PALABRAS CLAVE: Preciado, farmacopornocapitalismo, cuerpo, tecnogénero, biopolítica.

ABSTRACT: This article aims to analyze the technopolitical production of the body in the pharmacopornographic era, following the theoretical proposals of Paul B. Preciado. Firstly, the disciplinary regime is presented where the surveillance and control procedures are external to the body. In a second moment, the constitution of a somatopolitical regime of subjectivity, called pharmacopornographic, is analyzed, in which microprosthetic control technologies are used. Next, the main technologies that create, reproduce, and consolidate a certain subject and corporality in the pharmacopornographic era are pointed out. Finally, the hypothesis is raised that, despite the massive biopolitical production of heteronormative ideals, a way out is possible from within sexual identities.

KEYWORDS: Preciado, pharmacopornocapitalism, body, technogender, biopolitics.

¿Qué vengo a hacer aquí? Vengo a ser terrible. Soy un monstruo, decís. No, soy el pueblo. ¿Soy una excepción? No, soy todo el mundo. La excepción sois vosotros. Vosotros sois la quimera y yo soy la realidad.

VICTOR HUGO, *El hombre que ríe*²

Las tecnologías de la información y la comunicación han irrumpido de manera drástica y permanente en el campo social, modificando los dispositivos biopolíticos que producen y controlan los cuerpos, el sexo y la sexualidad en los distintos ámbitos de la vida cotidiana. Se trata de un régimen somatopolítico, es decir, un régimen político que articula tecnologías de producción de la subjetividad y de la representación corporal produciendo una determinada corporalidad que resulta de la unión de las categorías *soma* (cuerpo) y *politeia* (política).

Siguiendo los estudios de Foucault y Deleuze, Paul B. Preciado (2008) sostiene que a lo largo de la historia se han desarrollado tres tipos de regímenes somatopolíticos: el régimen soberano que comienza con el ascenso del cristianismo y finaliza en el siglo XVII; el régimen disciplinario biopolítico ubicado entre el siglo XVII y mediados del siglo XX; y el régimen de control o farmacopornográfico que se inicia en la Segunda Guerra Mundial y continúa hasta el presente.

Desde una postura posestructuralista, poscolonialista, feminista y queer, Preciado advierte el inicio de un nuevo tipo de gubernamentalidad, donde los dispositivos de vigilancia y de control (técnicas biomoleculares, digitales, prostéticas) se instalan en el cuerpo. Estas tecnologías de poder se inscriben en los sujetos y en los contextos socioculturales con el fin de reproducir la diferencia sexual dentro del sistema capitalista. Este autor sostiene que este pasaje de la biopolítica a la era farmacopornográfica es provocado por tres cambios fundamentales que ocurren en la segunda mitad del siglo XX: la invención

² Con este epígrafe, Paul Preciado comienza su libro *Yo soy el monstruo que os habla* (2020). A su vez, el filósofo toma a préstamo esta cita de *¿Discapacitada?*, la tesis de Lorenza Böttner.

de la categoría de ‘género’; la creación de la pastilla anticonceptiva; y la producción y distribución masiva de la pornografía.

El régimen farmacopornográfico distribuye de manera masiva discursos y prácticas que justifican el binarismo de género como natural, generando la exclusión y la marginación de todos aquellos cuerpos que no siguen los patrones heteronormativos. Ahora bien, estas mutaciones afectan no solo las formas de opresión, sino también las condiciones que posibilitan la lucha y la resistencia.

Cambio de paradigma, cambio de sujeto

Ya en Michel Foucault podemos observar cómo las instituciones *crean* sus sujetos, cómo estos son llevados a un régimen de conductas que los confecciona de un modo que, al mismo tiempo que los individualiza, los masifica. Reconocemos, como también lo hizo el pensador francés, una cuota de necesidades creadas y satisfechas según estos centros de encierro secuenciados: familia, escuela, ejército, fábrica, etc. Cada uno de esos lugares de encierro está configurado no solo por su estructura material, su arquitectura, su mobiliario, los recursos disponibles, sino que, además, se caracteriza por relaciones de saber y de poder. En esas instituciones, al menos cinco horas diarias, los individuos están distribuidos en un lugar específico donde cumplen un rol determinado. Foucault (2002) lo indica: “Toda la actividad del individuo disciplinado debe ser ritmada y sostenida por órdenes terminantes cuya eficacia reposa en la brevedad y la claridad; la orden no tiene que ser explicada, ni aun formulada; es precisa y basta que provoque el comportamiento deseado” (p.154). Al cuerpo se lo manipula, se le da cierta forma, se lo educa, —dociliza—, para que pueda ser sometido, utilizado, transformado y perfeccionado. Foucault llama bio-poder a esta fuerza que penetra en la construcción de la subjetividad del individuo y que “calcula técnicamente la vida en términos de población, salud e interés nacional” (Preciado, 2005, p.157).

La sexopolítica es uno de los ejes dominantes de la acción biopolítica que emergen con el capitalismo disciplinario occidental de finales del siglo XIX y gran parte del siglo XX. Preciado (2005), realiza una lectura cruzada entre el análisis sobre la heterosexualidad de Wittig y la noción de biopolítica de Foucault para definir la sexopolítica “como tecnología biopolítica destinada a producir cuerpos heteros” (p.158)³. Monique Wittig, en sus ensayos “El pensamiento heterocentrado” (1978) y “A propósito del contrato social” (1987), concibe la heterosexualidad, no como naturaleza u orientación, sino como estructura sociopolítica que produce normativamente el binarismo sexual. En estas obras, Wittig apela a la noción de contrato social rousseauiano para definir la heterosexualidad no solo como una institución, sino también como un régimen político de control que, a través de un contrato social tácito, se ocupa de producir y naturalizar discursos y leyes que avalen la diferencia sexual. Así, el sistema de pensamiento hegemónico es quien produce a los sujetos que afirma solo representar. Como consecuencia, la representación reconoce únicamente a los sujetos que cumplen con los requisitos que ella impone. Tal como señala Foucault (2002), el sistema limita, prohíbe, controla y regula a los sujetos —a sus cuerpos— a través de las estructuras sociales, puesto que están sujetos a ellas, constituidos y definidos por sus imposiciones. En el interior de las formas de producción y control disciplinarias, el sexo y la sexualidad se convierten en agentes de control que gobiernan la vida, con discursos sobre lo masculino y lo femenino, la histerización del órgano femenino,

³ Al servirse de la concepción de heterosexualidad de Wittig y unirla al análisis genealógico de la sexualidad de Foucault, Preciado se aleja del feminismo materialista de Witting, esto es, se aparta de la perspectiva marxista de Wittig, quien al reducir su análisis a la lucha entre grupos considerados antagónicos por naturaleza, cede a una esencialización identitaria. Se distancia también “de la naturalización que hace la autora de la categoría de lesbiana, prototipo de resistencia política y habitante de una exterioridad pura, como reacción a la heterosexualidad” (Domínguez-Benítez, 2021, p.95). Si la heterosexualidad es un sistema cerrado y totalizante, Preciado le cuestiona cómo el lesbianismo permitiría habitar una exterioridad política.

la regulación y el control de la maternidad, la psiquiatrización de placeres considerados perversos y las identidades sexuales normales. Las prácticas sexuales se convierten en identidades y en condiciones políticas que deben ser estudiadas, perseguidas, castigadas y curadas: “Es una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona” (Foucault, 2002, p.171). Como si estuviera más allá de todo contexto histórico o cultural, se eleva la diferencia sexual a una categoría no solo natural, sino también trascendental. Se construye, así, una sociedad dominada por la diferencia sexual y por la producción de individuos poseedores de una identidad y de una única verdad sexual.

El sexo, su verdad, su visibilidad, sus formas de exteriorización, la sexualidad, los modos normales y patológicos del placer, y la raza, su pureza o su degeneración, son tres potentes ficciones somáticas que obsesionan al mundo occidental a partir del siglo XIX hasta constituir el horizonte de toda acción teórica, científica y política contemporánea. (Preciado, 2008, p.58)

Vemos que la sexopolítica no implica únicamente la regulación de las condiciones de reproducción de la vida y los procesos biológicos que conciernen a la población, sino que mecaniza y domestica cada órgano según una función, ya sea reproductora o productora de masculinidad o feminidad, de normalidad o de perversión. El dualismo sexual –y su heteronormatividad– reducen el gozo a órganos sexuales específicos y privilegian el sujeto político heterosexual. De manera que la heterosexualidad no es solo una práctica sexual, sino también un régimen político –tal como señaló Monique Wittig en *El pensamiento heterosexual* (1992)–, puesto que adquiere el estatus de cuerpo social privilegiado. En efecto, “la heterosexualidad no es una esencia inherente a la identidad de género de los cuerpos, sino que, precisamente, se trata de una producción política a través de instituciones determinadas” (Sicerone, 2020, p.2). La heterosexualidad no responde al deseo y a la naturaleza de cada cuerpo, sino que

implica el resultado de una determinada producción genérica de instituciones que reproducen y normalizan el binarismo sexual con el objetivo de la homogeneización.

Es innegable la riqueza del aporte foucaultiano, útil incluso en nuestros días, casi cincuenta años más tarde, porque las instituciones de disciplinamiento que menciona en su texto siguen de algún modo vigentes en nuestras vidas. Sin embargo, Preciado explica que cuando acercamos la lupa a nuestro entorno, notamos que dichas instituciones parecen mermar a cada momento. El modelo disciplinar entra en tensión con la dinámica propia de los nuevos medios, donde se fomenta la inmediatez, la aceleración y la interacción rápida.

El contexto-somatopolítico (de producción tecnopolítica del cuerpo) posterior a la Segunda Guerra Mundial parece estar dominado por un conjunto de nuevas tecnologías del cuerpo (biotecnologías, cirugía, endocrinología, etc.) y de la representación (fotografía, cine, televisión, cibernética, etc.) que infiltran y penetran la vida cotidiana como nunca lo habían hecho antes. (Preciado, 2008, p.66)

Preciado sostiene que las profundas transformaciones de las tecnologías de producción de subjetividad que emergen a partir de la Segunda Guerra Mundial nos obligan a conceptualizar un tercer régimen de subjetivación, un nuevo sistema de saber-poder, ni soberano ni disciplinario, que tenga en cuenta el impacto de las nuevas tecnologías del cuerpo en la construcción de la subjetividad. Ya lo anticipó Gilles Deleuze cuando advierte que las instituciones mencionadas por Foucault están en crisis:

todos saben que, a un plazo más o menos largo, estas instituciones están acabadas. Solamente se pretende gestionar su agonía y mantener a la gente ocupada mientras se instalan esas nuevas fuerzas que ya están llamando a nuestras puertas. Se trata de las sociedades de control, que están sustituyendo a las disciplinarias. (Deleuze, 1996, p.248)

En un mismo sentido, Preciado realiza tres objeciones a Foucault: en primer lugar, le cuestiona su desinterés por la categoría de género; en segundo lugar, el no haber reconocido la intervención política de las corporalidades minoritarias sobre los dispositivos tecnológicos de producción de la subjetividad; y, en tercer lugar, haberse servido del pensamiento de la antigüedad grecorromana para realizar un análisis de las tecnologías de producción de la subjetividad, en vez de enfocarse en aquellas desplegadas a partir de la Segunda Guerra Mundial. Preciado sostiene que la gestión de los cuerpos por las tecnologías contemporáneas excede el marco de la clínica característico de la sociedad disciplinaria de los siglos XVIII y XIX⁴.

Así como las sociedades de soberanía perdieron su característica fuerza en beneficio de las sociedades disciplinarias; también las sociedades de control se fueron instalando lenta y progresivamente reemplazando a las sociedades disciplinarias. Ahora bien, el paso de un régimen a otro no implica un cambio tajante, sino que hay elementos que prevalecen, pero con ciertos matices. Si el sujeto de las sociedades de disciplinamiento se encontraba condicionado por el traspaso de las instituciones, y cada una de ellas lo moldeaba para hacer del individuo un cuerpo dócil, en las sociedades de control el sujeto carece de un espacio reclusorio único, de un propósito delimitado de antemano y de una unidad integral. Lejos de esto, lo

⁴ Fernández (2022) sostiene que Foucault, en su curso *Nacimiento de la biopolítica (1978-1979)* del Collège de France, sí repara en el cambio epistémico-político que sucedió luego de la Segunda Guerra Mundial. En sus palabras, que el filósofo francés “no tenga en cuenta las tecnologías de la subjetividad del siglo XX que Preciado menciona específicamente (intersexualidad, transexualidad, trabajo sexual) no quiere decir que no dé cuenta de otras (drogas y sadomasoquismo) que también son propias del siglo XX” (p.7). Asimismo, Fernández considera que el desplazamiento de la sociedad disciplinaria hacia la sociedad posmoneyistas o farmacopornográfica corresponde a la investigación foucaultiana sobre la racionalidad de gobierno neoliberal. Por su parte, Sicerone (2017) plantea que, si bien es cierto que Foucault no aborda las estrategias de resistencia y de acción política de las corporalidades y subjetividades abyectas, los análisis foucaultianos sobre el poder y las instituciones fueron de suma inspiración para las teóricas de género contemporánea y las militancias queer.

que prima son formas que se encuentran íntimamente ligadas a una sociedad que pretende ser flexible, desterritorializada y totalmente abierta, donde la digitalización audiovisual y su transmisión instantánea a través de una multitud de soportes técnicos son los nuevos dispositivos de control y producción de subjetividad. Definitivamente, uno de los ejes centrales de las sociedades de control es el aumento y la colonización de la tecnología en los espacios más recónditos de nuestra vida cotidiana.

Nos desplazamos del ‘topo monetario’ a la ‘serpiente monetaria’ o de los ‘relojes analógicos’ a los ‘relojes digitales’. El topo monetario de las sociedades disciplinarias es analógico, se encierra por períodos, emerge en intervalos, trabaja y produce. El otro, el animal que reptaba, es modulación, está siempre endeudado, condenado a la eterna ondulación, no produce, solo consume. Las sociedades de control marcan una profunda mutación del capitalismo, regida por una inmaterialidad de la producción y el consumo: “Lo que intenta vender son servicios, lo que quiere comprar son acciones. No es un capitalismo de producción sino de productos, es decir, de ventas o de mercados” (Deleuze, 1996, pp.252-253). El consumo no cesa en la nueva figura de la serpiente: ya no tiene como objetivo ser saldado, sino mantenerse abierto, flexible e inestable, pero siempre y ante todo continuo. En el mundo del *software*, el tiempo es instantáneo y esta instantaneidad implica una satisfacción inmediata, pero también significa agotamiento y desaparición inmediata del interés.

Preciado (2008) suscribe a la hipótesis deleuziana del advenimiento de un nuevo tipo de sociedad, que no responde a una dinámica de poder disciplinario. Tal como señala el autor: “Yo prefiero denominarla, leyendo a Burroughs con Bukowski, sociedad farmacopornográfica: chute y eyaculación políticamente programados. He aquí las dos divisas de este nuevo control sexomicroinformático” (p.66). Continúa, así, con la lectura deleuziana de las sociedades contemporáneas, en la medida en que conecta su concepción de las nuevas tecnologías de producción de la subjetividad con las características propias de los modos de subjetivación en las sociedades de control.

El tercer régimen somatopolítico: la era farmacopornográfica

Al analizar las industrias líderes del capitalismo posfordista, Preciado advierte que, además de la empresa armamentista, la industria farmacéutica y la industria pornográfica son los sectores más importantes de la economía a nivel mundial. Más precisamente, los nuevos soportes del capitalismo no son la industria bioquímica, electrónica, informática o de la comunicación como usualmente se ha pensado, sino que el negocio del nuevo milenio es “la gestión política y técnica del cuerpo, del sexo y de la sexualidad” (Preciado, 2008, p. 26). En este sentido, el proceso productivo actual utiliza como materias primas a cuerpos insaciables, órganos sexuales, deseo, excitación, eyaculación, seducción y placer de la multitud.

Ahora bien, para entender de qué manera la sexualidad y el cuerpo se convierten en el centro de la actividad política y económica hasta llegar a ser objetos de una gestión estatal e industrial, Preciado (2008) realiza una cronología de los acontecimientos sociales, económicos, políticos, tecnológicos, científicos y mediáticos que se dan entre el período que va desde fines de la Primera Guerra Mundial hasta la Guerra Fría, a saber: las mujeres toman lugar en la esfera pública; la homosexualidad se hace visible en nuevos espacios como el ejército americano; se suma a la persecución del comunismo la lucha contra la homosexualidad; se exalta la idea de la masculinidad laboriosa y la maternidad doméstica como valor; como parte de un programa de salud pública, se crean centros de investigación sobre sexualidad, por ejemplo, clínicas de moléculas hormonales para la invención de la primera píldora anti-conceptiva a base de estrógenos sintéticos; la utilización del plástico para la fabricación de objetos de uso diario del sector civil, así como también de utensilios, fármacos y alimentos a base de derivados del petróleo y elementos altamente contaminantes; las intervenciones de cirugía estética se convierten en técnicas de consumo de masas.

Por otro lado, durante el siglo XX, la psicología, la sexología, la endocrinología modificaron las nociones de psiquismo, de libi-

do, de conciencia, de femenino y masculino, de género y de sexo, haciendo de estas realidades materiales, sustancias químicas, bienes comercializables, objetos de intercambio, posibles de ser gestionados por las multinacionales farmacéuticas. Estas son solo algunas de las mutaciones que posibilitaron la llegada de una tercera etapa capitalista postindustrial, global y mediática —la primera fue la esclavista en los siglos XVIII y XIX, la segunda fue la industrial desde el siglo XIX hasta mediados del siglo XX y la tercera emerge luego de la Segunda Guerra Mundial, y se hace visible hacia la década de 1970. Se trata de un momento histórico sin precedentes, donde el propio cuerpo se vuelve materia prima de la sociedad de consumo. En palabras de Preciado (2019):

Hemos secuenciado nuestro propio ADN. Podemos intervenir en la estructura genética del ser vivo. Modificamos de manera intencionada los ciclos hormonales y podemos intervenir en los procesos de reproducción. Utilizamos tecnologías nucleares cuyos residuos radiactivos durarán sobre la tierra un tiempo superior al de nuestra propia especie y cuyo manejo accidental podría conducirnos al apocalipsis. Hemos puesto las máquinas a toda marcha, mientras tanto pretendemos mantener inamovibles las tecnologías de producción de subjetividad y de gobierno colectivo. (p. 252)

Si bien este régimen comienza en la sociedad científica y colonial del siglo XIX, sus vectores económicos no se exponen hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, tras la decadencia de la economía fordista. Por este motivo, la transición a la tercera etapa del capitalismo, luego de los regímenes esclavista e industrial, se sitúa en torno a los años setenta. Esta nueva sociedad es denominada por Preciado “farmacopornográfica” —fármaco, por la expansión de la industria farmacológica legal del aparato científico médico y cosmético, y del tráfico de drogas ilegales, y porno por los procesos semiótico-técnico de la subjetividad sexual.

En este marco, la industria farmacéutica y la pornografía son los dos mercados que constituyen la base del capitalismo contemporáneo:

(...) nada menos costoso que filmar una mamada, una penetración vaginal o anal con una cámara de vídeo. Las drogas, como los orgasmos y los libros, son relativamente fáciles y baratas de fabricar. Lo difícil es su concepción, su distribución y su consumo. (Preciado, 2008, p.45)

Por un lado, la industria pornográfica “no es únicamente el mercado más rentable de Internet, sino que es el modelo de rentabilidad máxima del mercado cibernético en su conjunto (solo comparable a la especulación financiera)” (Preciado, 2008, p.36). Se trata de una industria que requiere una inversión mínima, el producto se vende en tiempo real de forma directa –debido a que el consumidor puede acceder a las webs adultas desde cualquier lugar del planeta– y genera satisfacción de manera inmediata. De hecho, esta lógica de los portales porno de internet funciona como modelo organizador de cualquier otra red de Internet. Además, si bien aún la mayoría de las webs porno pertenecen a empresas internacionales, se encuentra en auge el mercado emergente del porno en Internet a través de usuarios amateurs. En efecto, por un lado, “cualquier usuario de Internet que posee un cuerpo, un ordenador, una cámara de vídeo o una webcam, una conexión de Internet y una cuenta bancaria puede crear su propia página porno y acceder al mercado de la industria del sexo” (Preciado, 2008, p.35). Por otro, estos organismos necesitan anticonceptivos, antibióticos, alcohol y tabaco, morfina, insulina, penicilina, viagra, entre otras sustancias que le restituyan el estatuto de natural al cuerpo. De manera que la sociedad contemporánea se encuentra habitada por subjetividades que están determinadas por la sustancia (o sustancias) que dominan sus organismos y por los tipos de deseos farmacopornográficos que guían sus acciones. El control farmacopornográfico conduce “hacia la articulación de un conjunto de nuevos dispositivos microprostéticos de control de la subjetividad con nuevas plataformas técnicas biomoleculares y mediáticas” (Preciado, 2008, pp.31-32), donde el cuerpo, adicto y sexual, se convierte en el principal recurso del capitalismo posfordista.

Vemos que hay una gran diferencia entre las técnicas de normalización de los cuerpos sexuales que regían en el régimen disciplinario

y las que imperan en la actualidad. En el primero, las técnicas de control eran centros reclusorios, rígidos y externos a la subjetividad; mientras que, en el segundo, las técnicas son pequeñas, flexibles e internas, y se inscriben en la estructura misma del cuerpo, como la píldora anticonceptiva. En términos de Preciado (2008),

Si en la sociedad disciplinar las tecnologías de subjetivación controlaban el cuerpo desde el exterior como un aparato ortoarquitectónico externo, en la sociedad farmacopornográfica, las tecnologías entran a formar parte del cuerpo, se diluyen en él, se convierten en cuerpo. (p.66)

El panóptico se convierte en comestible, es decir, los individuos ingieren, de manera voluntaria, un control farmacológico y molecular de los ciclos biológicos, así como una normalización semiótica mediante la industria audiovisual, en el marco de un ciclo de excitación-frustración-excitación. Vemos que la nueva técnica es microprostética, esto es, “un poder que actúa incorporando artificios miniaturizados, internalizando de esta forma los dispositivos de vigilancia y control propios del régimen sexopolítico disciplinario” (Nijensohn, 2015, p.5). Así, el cuerpo se convierte en un elemento maleable por el consumo de una serie de tecnologías micro-prostéticas que rigen al interior de cada individuo.

Según Preciado, hay dos técnicas de control de subjetividad centrales en la era farmacopornográfica: la pastilla anticonceptiva y el viagra.

La pastilla anticonceptiva, lejos de ser un mero método para evitar temporalmente el embarazo, opera como productora de un cuerpo femenino diseñado para el placer y el deseo masculino: “El propósito principal de la píldora no es impedir la concepción, sino feminizar los cuerpos de las consumidoras, es decir, volverlos acordes con el ideal morfológico ‘mujer’ tal como es definido por las sociedades occidentales contemporáneas” (Gros, 2016, p.256). La píldora, además de corregir el ciclo menstrual conforme al modelo hormonal considerado natural, también moldea el cuerpo con efectos cosméticos: la piel se ve más tersa, impide el acné y el crecimiento de vello corporal y facial,

genera un incremento del volumen de los pechos, etc. Asimismo, la pastilla anticonceptiva modifica psíquicamente a las mujeres: otorga un carácter depresivo –pero estable– y disminuye –aunque focaliza– la libido, creando así mujeres sexualmente pasivas y sumisas. Vemos que la pastilla anticonceptiva tiene la función de moldear los cuerpos de las mujeres para ser ‘normales’, es decir, femeninos, heterosexuales, ni frígidos ni histéricos, cuerpos con forma de madres potenciales. Así, a pesar de que los cuerpos aparenten ser el efecto de leyes naturales inmutables, transhistóricas y transculturales, están sujetos a la vigilancia y al control.

El artículo “Identidad farmacológica y ficciones somatopolíticas: (Una) historia de la píldora” (2013) de Alegre Benítez y Tudela Sancho rastrea el origen de los discursos médicos de la teoría hormonal. Las investigaciones de la profesora Fausto-Sterling, quien realiza un análisis histórico sobre la producción científica vinculada con las hormonas desde finales del siglo XIX, da cuenta que los mecanismos utilizados por los científicos para incorporar progresivamente características vinculadas al género en los cuerpos se encuentran íntimamente relacionados con la política de género. Más precisamente, la autora advierte que es imposible “comprender cómo el discurso médico y científico de la fisiología humana integra de manera progresiva el género sin considerar las circunstancias históricas en que se hace posible” (Alegre Benítez y Tudela Sancho, 2013, p.16). Vemos que esta perspectiva está asociada a la teoría de Preciado: ambxs autorxs sostienen que el surgimiento de la primera píldora anticonceptiva, asociada a la preocupación de los estados occidentales por el control de la natalidad, posee oculto un entramado científico-político y social de producción y control de género. En efecto, en la medida en que se ingiere la dosis diaria de etinilestradiol y drospirenona se producen farmacológicamente ficciones somáticas de feminidad: “Me controlo, me vigilo, me administro, me disciplino, me sanciono, me educo” (Alegre Benítez y Tudela Sancho, 2013, p.17). Si, en la actualidad, el estrógeno y la progesterona –hormonas necesarias para la producción de la pastilla anticonceptiva– son las moléculas sintéticas más

fabricadas por la industria farmacéutica multinacional, esto sucede porque implica un método de re-feminización técnica de las mujeres disfrazado como control de la natalidad.

El viagra, por su parte, es una tecnología de poder que va dirigida a producir masculinidades que se autoafirman en la performatividad del acto sexual, siendo lo masculino una ficción que debe ser reproducida por una serie de procesos performativos, los cuales se centran en la ligazón de la virilidad con el sostenimiento de una erección. (Sicerone, 2020, p.13). Ambas industrias gestionan biomediativamente la subjetividad: mientras el sistema produce un macho viril deseoso de liberar su potencia orgásmica, la píldora crea una mujer sumisa a los deseos sexuales de ese hombre. Asimismo, la pornografía procede según este circuito de excitación-frustración-excitación que, tal como señala Yáñez-Urbina (2017),

cumple las mismas características descritas por Bauman (2007) con respecto a la economía del engaño, en donde la promesa de felicidad radica en un aumento constante de los deseos en el aquí y ahora, los cuales a la larga no pueden ser satisfechos por los objetos, ante lo cual lo anticuado debe ser eliminado y reemplazado por una versión actualizada que prometa la satisfacción. (p.31)

En este sentido, Preciado considera que esta tercera etapa del capitalismo se encuentra guiada por una ética pos-cristiana-liberal-punk, basada en la reproducción constante de ese circuito excitación-frustración-excitación hasta destruir el ecosistema. En suma, la industria audiovisual del sexo y el control técnico de la reproducción son complementarios: “Sustancias e imágenes siempre dispuestas a la producción de placeres, la eliminación de errores, la higienización de los deseos y la anulación de todas las prácticas subversivas que puedan representar algún riesgo al modelo heterocentrado vigente” (Guimaraes, 2020, pp.58-59). La industria farmacopornográfica es quien decide un modo específico de producción y de consumo a través del despliegue simultáneo e interconectado de esteroides sintéticos,

la difusión global de imágenes y videos pornográficos, y la creación de nuevas variedades psicotrópicas sintéticas legales e ilegales.

La producción biopolítica de las identidades sexuales

La noción de género es utilizada por primera vez en 1947 por John Money, un psicólogo infantil encargado del tratamiento de los bebés intersexuales. Esta categoría la desarrolla clínicamente con Anke Ehrhardt y Joan y John Hampson, con la intención de modificar hormonal y quirúrgicamente el sexo de los bebés nacidos con órganos genitales y/o cromosomas que desde el punto de vista de la medicina no son posibles de clasificar como femeninos o masculinos. Money centra sus estudios en el uso de las tecnologías a fin de moldear los cuerpos hacia lo que considera que un cuerpo humano femenino o masculino debe ser: “Si en el sistema disciplinario decimonónico, el sexo era natural, definitivo, intransferible y trascendental; el género aparece ahora como sintético, maleable, variable, susceptible de ser transferido, imitado, producido y reproducido técnicamente” (Preciado, 2008, p.82). Así, mientras Money moldea los cuerpos infantiles en sexo masculino o sexo femenino, Harry Benjamin administra estrógenos y testosterona a un paciente adulto que no se identifica con el género que le fue asignado en el nacimiento. De esta manera, Preciado (2008) advierte que, si bien la creación de la categoría de género usualmente está asociada a la agenda feminista de los años sesenta, en rigor, pertenece al discurso biotecnológico de finales de los años cuarenta. Así como el resto de las invenciones –la píldora, el viagra, la comida enlatada, la televisión, la computadora, el plástico, la energía nuclear y la tarjeta de crédito–, el género, el sexo y la sexualidad no emergen del discurso político del feminismo, sino de los laboratorios farmacopornográficos. Por este motivo, Preciado le otorga también el nombre de posmoneyista –en referencia a la figura del Dr. John Money– a esta tercer episteme farmacopornográfica de la segunda mitad del siglo XX, que gobierna la subjetividad sexual a través de dispositivos biotecnológicos de carácter microprostéticos.

Ahora bien, la invención de la noción de género permite “utilizar la tecnología para modificar el cuerpo según un ideal regulador pre-existente que prescribe cómo debe ser un cuerpo humano femenino o masculino” (Preciado, 2008, p. 82). Por consiguiente, el mercado ya no es un poder exterior que expropia, reprime o controla los instintos sexuales de los individuos, sino que se trata de crear un sujeto y difundirlo a escala global, es decir, un cuerpo codificado como masculino, blanco y heterosexual, farmacopornográficamente suplementado por viagra, cocaína, etc., consumidor de servicios sexuales o pornografía ejercidos usualmente por cuerpos femeninos, infantiles o racializados. Así, “el éxito de la tecnociencia contemporánea es transformar nuestra depresión en Prozac, nuestra masculinidad en testosterona, nuestra erección en viagra, nuestra fertilidad/esterilidad en píldora, nuestro sida en triterapia” (Preciado, 2008, p.32). Se crea, se combina sintéticamente y se comercializa nuevos fármacos que gestionen el cuerpo, en la misma medida en que se inventan nuevas técnicas de representación del género y de la sexualidad. En el marco farmacopornográfico (hormonal, quirúrgico y audiovisual), “el género se construye en esas redes de materialización biopolítica y se reproduce y consolida socialmente a través de su transformación en espectáculo, en imagen en movimiento, en dígito, en cybercódigo” (Preciado, 2008, p.91). Como si fueran laboratorios sexopolíticos, nuestra sociedad contemporánea produce, reproduce y expande ideales biopolíticos de masculinidad y feminidad, donde el cuerpo individual es justamente el cuerpo de la multitud.

En suma, el cuerpo es siempre farmacopornográfico, resultado de un conjunto de dispositivos de representación y producción cultural que lo convierten en sexual y deseable. Siguiendo estos lineamientos, a partir de la influencia de la feminista norteamericana Donna Haraway (1995), Preciado emplea el término ‘tecnocuerpo’ para definir al cuerpo individual como una extensión de las tecnologías globales de comunicación. Este nuevo tipo de género ‘trans’ o ‘tecno’ refiere a las personas que apelan a las tecnologías hormonales, quirúrgicas y/o legales para modificar esa asignación. Sin embargo, “hoy

en día es imposible concebir un cuerpo ‘natural’ o biológico puro que no esté sometido, de alguna forma, al control biotecnológico del farmacopornismo” (Gros, 2016, p.257). Incluso después de la menopausia, muchas mujeres siguen perpetuándose procedimientos microprostéticos hormonales, con el fin de conservar la “feminidad” a pesar de la desaparición del ciclo menstrual.

Cabe tener presente que la noción de técnica que aparece en la obra de Preciado es deudora tanto de Donna Haraway como de Foucault. Por un lado, Preciado se sirve de la acepción foucaultiana de técnica para “analizar la gestación del placer femenino heterosexualizado, entendido como un resultado de la combinación de técnicas relacionadas con la represión de la masturbación por un lado y de las técnicas de curación de la histeria por otro” (Retana Alvarado, 2012, p.37). En efecto, Foucault denomina “tecnología” a los procesos a través de los cuales se ejerce dominación sobre un sujeto, así como también a las transformaciones que un sujeto mismo lleva a cabo sobre sí. Asimismo, Preciado utiliza esta acepción para examinar de qué manera Playboy utiliza un conjunto de técnicas para construir un tipo de masculinidad. Sin embargo, si bien para Foucault la noción de técnica es polisémica, puesto que refiere al menos a cuatro clases de técnicas (tecnologías de producción, tecnologías de sistemas de signos, tecnologías de poder y tecnologías del yo), sus análisis se alejan de la concepción canónica, esto es, lo tecnológico entendido como opuesto a lo natural. Por este motivo, Preciado se aleja de Foucault para acercarse a Haraway, en la medida en que le permite cuestionar la frontera entre lo técnico y lo natural, y, por lo tanto, cualquier materialidad biológica dada. La concepción harawaydiana, le permite concebir al cuerpo como el resultado del nexo entre lo natural y lo artificial, que funciona como una extensión de las tecnologías de la comunicación y la información. Ambos significados dotan al concepto de una riqueza excepcional, ampliando sus alcances en relación con la comprensión de fenómenos del presente.

De manera que el cuerpo farmacopornográfico no es organismo o sustrato biológico, pero tampoco máquina, se trata de una entidad

tecnoviva conectada a la prótesis de alguna extremidad, al implante de silicona, al teléfono móvil, etc. En este sentido, Preciado prefiere utilizar la noción ‘tecnobiopoder’, en referencia a Haraway, en lugar del término foucaultiano ‘biopoder’, puesto que ya no se trata de poder sobre la vida, de gestionar y maximizar la vida, sino que implica poder y control sobre un todo tecnovivo conectado. Así, comienza una distinción entre quienes se identifican con el sexo que les fue asignado en el nacimiento (bio) y quienes se sirven de procedimientos técnicos, prostéticos, performativos y/o legales para cambiarlo (trans). Pero, si observamos con detenimiento, el cuerpo femenino adquiere un estatuto de normalidad en la medida en que se aplican técnicas que lo configuran como un cuerpo social. Tanto el estatuto de género bio como el trans son técnicamente producidos, puesto que ambos dependen de procesos farmacopornográficos de la producción de la masculinidad y la feminidad. En efecto,

¿Cómo explicar que a principios del siglo XXI, la rinoplastia (la operación de nariz) sea considerada cirugía estética mientras que la vaginoplastia (construcción quirúrgica de una vagina) y la faloplastia (construcción quirúrgica de un pene) sean consideradas operaciones de cambio de sexo? (Preciado, 2008, p. 94)

Este es un claro ejemplo de las ficciones somáticas que operan sobre los cuerpos. Es evidente que existen diferencias corporales como la estructura reproductiva de los seres humanos; sin embargo, esto no significa que haya un patrón estándar de masculinidad y de feminidad como resultado de la propia anatomía. Aquí podemos observar la diferencia entre el sexo, es decir, la hembra biológicamente natural y el género, esto es, la mujer culturalmente constituida, presentada en la célebre frase de Simone de Beauvoir (1949), “no se nace mujer: se llega a serlo” (1972, p.87). Ser mujer implica un conjunto de significados que se adoptan a partir de un proceso de socialización, creado por los sistemas binarios que oponen lo masculino a lo femenino en términos jerárquicos y asimétricos. En este proceso de distinción permanente, se reconocen únicamente dos géneros, a los cuales se les

atribuye ciertas cualidades sociales y culturales, actividades, trabajos, sentimientos y formas de vida, definidas históricamente por su sexo. Así, exclamaciones como «soy hombre», «soy mujer», «soy heterosexual», «soy homosexual» son el efecto de un conjunto de prácticas y discursos biopolíticos y simbólicos lo suficientemente dóciles para producir sujetos que se autocomprenden y accionan como cuerpos individuales, privados, con una identidad de género determinada y una sexualidad fija. Cabe preguntarnos,

¿Y si no estuviera tan claro que hay solo penes y vulvas? ¿Y si pudiera haber niñas con pene y niños con vulva? ¿Y si no hubiera solo dos sexos? ¿Y si las diferencias genitales no fueran el criterio de aceptación de un cuerpo humano en una colectividad social y política? (Preciado, 2020, p. 86)

Tecnogénero o la producción tecnopolítica del cuerpo

Para el autor, la invención del término ‘género’ fomentó la aparición y el despliegue de múltiples técnicas farmacopornográficas de normalización y transformación del ser vivo: “Sería por ello más correcto, en términos ontopolíticos, hablar de «tecnogénero» si queremos dar cuenta del conjunto de técnicas fotográficas, biotecnológicas, quirúrgicas, farmacológicas, cinematográficas o cibernéticas que constituyen performativamente la materialidad de los sexos” (Preciado, 2008, p.86). En este sentido, identificarse como masculino o femenino es únicamente una ficción somatopolítica, producto de una serie de dispositivos que domesticar al cuerpo desde técnicas farmacológicas y audiovisuales, que determinan y limitan sus potencialidades somáticas: “Preciado llama ‘bio-drag’ a este proceso de producción farmacopornográfica de ficciones somáticas de feminidad y masculinidad, para dar cuenta de que incluso quienes son considerados como bio-mujeres o bio-varones también están sujetos a un proceso de travestismo somático” (Nijensohn, 2015, p.8). Tanto lo femenino como lo masculino es producido y reproducido por

técnicas microprostéticas ingeridas por los cuerpos vivientes, que generan percepciones sensoriales—afectos, deseos, acciones, creencias, identidades—las cuales distorsionan la realidad, pero que se presentan como un saber interior sobre sí mismo, como una realidad emocional evidente a la conciencia.

Preciado se sirve de la definición de género propuesta por Judith Butler, a saber: “un sistema de reglas, convenciones, normas sociales y prácticas institucionales que producen performativamente el sujeto que pretenden describir” (Preciado, 2008, p.86). Esto implica comprender el género, no como una esencia o una verdad psicológica, sino como una práctica discursiva y corporal performativa mediante la cual un individuo adquiere reconocimiento social y político. Más precisamente, concebir al género como una construcción performativa significa que no existe una identidad previa a la que remitirse, sino que el género se construye en cada palabra, acto, gesto y estilo que se realiza. En la medida en que una persona es inscrita en un género en particular (femenino o masculino) según su anatomía, se la está delimitando a una serie de normas, hábitos, colores, objetos, roles y espacios. Así comienzan a funcionar una serie de prácticas repetitivas que configuran la identidad de los individuos como sujetos sexuados y generizados. Sin embargo, según Preciado, la repetición performativa continua es insuficiente para que determinadas performances sean consideradas como naturales al género; es necesario, la modificación somática de los cuerpos producida por procedimientos hormonales o quirúrgicos. La concepción performativa butleriana “ignora las tecnologías de incorporación específicas que funcionan en las diferentes inscripciones performativas de la identidad” (Preciado, 2009a, p.8). Preciado plantea que, en las sociedades contemporáneas, las mujeres se constituyen a través del sometimiento permanente a técnicas de control microprostéticas. En otras palabras “la constitución cotidiana o mundana de la feminidad no consiste en la repetición de actos corpóreos estilizados, sino más bien en el consumo sostenido de preparados hormonales” (Gros, 2016, p.258).

En este marco, es la subjetividad en su conjunto la que se produce en los circuitos tecno-orgánicos codificados en términos de género, de sexo, de raza, de sexualidad a través de los que circula el capital farmacopornográfico. Ahora bien, Preciado observa que estas dos dimensiones de la industria farmacopornográfica (fármaco y porno) no constituyen un todo coherente e integrado, más bien funcionan en oposición. Mientras que la industria pornográfica produce masivamente representaciones normativas e idealizadas de prácticas heterosexuales y homosexuales, justificadas a través de una diferencia anatómicamente fundada; la industria farmacológica, a pesar de actuar dentro de un régimen heterosexual, desdibuja constantemente los límites entre los géneros, la raza y las clases sociales a través de la producción de nuevas técnicas sobre el cuerpo. En la actualidad, los productos farmacológicos como el viagra o la testosterona y las prácticas sexuales con órganos sintéticos circulan en el mercado, así como también los tratamiento de reproducción mediante la fecundación *in vitro* con un donante anónimo, entre otros: “Hoy un bio-hombre se administrará un complemento hormonal a base de testosterona para aumentar su rendimiento deportivo, a una adolescente se le instalará un implante subcutáneo que libere un compuesto de estrógenos y de progesterona como método anticonceptivo” (Preciado, 2008, p.98). En este desfase farmacopornográfico, nuestro autor considera posible que en un futuro la heterosexualidad se reduzca a una estética más entre las farmacopornográficas, donde todos los cuerpos se ven sujetos a las mismas tecnologías de producción del género, del sexo y de la sexualidad.

Es preciso advertir que esas identidades no definen a los individuos para toda la vida, de hecho, todas las identidades sociales tienen un carácter transitorio, inestable, histórico y plural. Es decir,

si el género es una interpretación cultural y variable, no hay un modo unívoco de entender la feminidad o la masculinidad. El «ser mujer» —y por extensión, el «ser varón»— no puede ser entendido como una identidad «natural» o «incondicionada», sino más bien como roles sociales culturalmente asignados, que por su carácter contingente son susceptibles de ser resignificados. (Mattio, 2012, p.89)

Los cuerpos se alteran constantemente para adecuarse a los criterios estéticos, higiénicos y morales de los espacios a los que pertenecemos y, sin embargo, siguen pensándose como identidades fijas e inamovibles. En “Transfeminismo y micropolíticas del género en la era farmacopornográfica” (2009b), Preciado retoma las críticas del transfeminismo queer y poscolonial que repudian la idea de un programa feminista único y exportable, propio del feminismo de la segunda ola. La mujer como sujeto político se funda en la creencia de una base universal, una identidad común existente en todas las culturas, ligada a la fábula fundacionista de un individuo en estado de naturaleza antes de la ley, que no es histórico ni social, que se convierte en sujeto a partir de las estructuras jurídicas sembradas por el liberalismo clásico. Ahora bien, tal como señalamos anteriormente, detrás de la aparente neutralidad y universalidad del término ‘mujer’ se esconden múltiples dispositivos de producción de subjetividad sexual y de género. El género no deriva del sexo anatómico o biológico, sino que es una construcción sociocultural resultado de la unión de múltiples representaciones discursivas y visuales políticamente reguladas que circulan en el interior de un circuito cibernético. Tal como señaló De Lauretis (1987), si el sujeto político que el feminismo como discurso y práctica de representación produce son las mujeres, entonces, el feminismo funcionaría como un instrumento de normalización y de control político. Aunque la representación es necesaria para la visibilización y legitimación de las mujeres como sujeto políticos, ese término define con anterioridad qué es o cómo deberían ser las mujeres, en la medida en que la representación se construye como criterio *a priori* del cual se originan los sujetos mismos y al cual deben remitirse.

Espacios de resistencia y lucha política

Pero “¿cómo abrir un punto de fuga, cómo trazar un túnel, cómo encontrar una salida al gueto ‘heterosexual?’” (Preciado, 2001, p.4). Esta salida no se trata de la creación de una exterioridad, más allá de

los sexos y de los géneros, sino del descubrimiento de una salida en el interior de la producción biopolítica de las identidades sexuales difundidas por la globalización del mercado y el consumo cultural. A partir de una interpretación deleuziana del concepto de biopolítica, Preciado realiza una distinción entre “biopoder” (*pouvoir* o poder sobre la vida) y “biopolítica” (*puissance* o potencia de la vida), para centrarse en el segundo término, en la medida en que este le permite comprender que los cuerpos y las identidades anormales son potencias políticas de resistencia y no meros efectos del poder sobre el deseo y la sexualidad. En consecuencia, entre las nociones de biopoder y biopolítica hay un deslizamiento de lo político a lo ético. Por eso, para Preciado, ya no es necesario tener un ideal como sujeto político del movimiento queer, “sino de bolleras, y de trans que estén preparados para invertir sus supuestas identidades abyectas escribiendo o produciendo teoría” (Preciado, 2001, p.5).

Para romper con el proceso de producción y normalización de los cuerpos de la máquina biopolítica heterosexual es necesario producir visibilidad sexual y política justamente en esos lugares donde se producen las jerarquías de saber y poder. El desafío político será pensar cómo aquellas minorías, cuyos cuerpos han sido cuestionados por la biopolítica, se reivindican a partir de la reapropiación de las tecnologías farmacopornográficas: desde la invención de otras formas de redefinir el cuerpo y la identidad sexual, como maneras que desobedecen el género, hasta críticas a los dispositivos teológicos y médico-jurídicos. No está demás recordar aquí que Preciado no utiliza la noción de minoría en un sentido estadístico del término, sino como potencia de transformación política, a la manera de Deleuze y Guattari en *Kafka: por una literatura menor* (1975).

Se trata de “reapropiarnos y subvertir los dispositivos de representación (como la escritura, el cine, la teoría, la música, el teatro, etc.) controlados hasta hace muy poco por la cultura dominante, para producir visibilidad sexual y política minoritaria” (Preciado, 2001, p.4). Preciado apuesta a estos instrumentos como espacios de resistencia y lucha política de las culturas *queer* contemporáneas,

más que a la abolición de las categorías de sexo y género. Quizás, la tarea no consiste en rechazar la política de la representación, sino en elaborar una crítica de las categorías de identidad que generan, naturalizan e inmovilizan las estructuras políticas actuales. Como menciona Preciado (2009b),

Será necesario crear formas de combate que escapen al paradigma dialéctico de la victimización, pero también a las lógicas de la identidad, la representación y la visibilidad que en buena medida ya han sido reabsorbidas por los aparatos mercantiles, mediáticos y de hipervigilancias como nuevas instancias de control. (p.24)

Si los cuerpos pueden crear nuevas formas, géneros, sexualidades, es fundamental que sea desde un análisis transversal de la opresión –corporal, racial, de género, sexual, económica–, con el objetivo de procurar la lucha por todas las minorías. Se requiere, entonces, una nueva política feminista que se funde sobre una identidad variable, mutable, construida a través de la integración y no de la exclusión de quienes no cumplen con las exigencias normativas del modelo instalado. Esto implica construir redes entre los colectivos y las comunidades concretas, a partir de prácticas situadas, crear ambientes que resistan a la violencia y la marginación propia del sistema farmapornográfico.

Referencias

- Alegre Benítez, C., y Tudela Sancho, A. (2013). Identidad farmacológica y ficciones somatopolíticas: (Una) historia de la píldora. *Nuevo Itinerario*, 8(8), 148-173.
- De Beauvoir, S. (1972) [1949]. *El segundo sexo*. Siglo XX.
- Deleuze, G. (1996) [1990]. Post-scriptum sobre las sociedades de control. En *Conversaciones* (pp. 247-255). Pre-textos.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1990) [1975]. *Kafka. Por una literatura menor*. Ediciones Era.
- De Lauretis, T. (1987). *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. Indiana University Press.
- Domínguez-Benítez, M. (2021). Una introducción a la teoría queer de Paul B. Preciado. *Revista de Investigaciones Feministas*, 12(1), 91-101.
- Fernández, L. (2022). La crítica política de Paul B. Preciado a Michel Foucault: una respuesta desde una perspectiva foucaultiana. *Revista de Filosofía*, 52 (1), 1-18.
- Foucault, M. (2002) [1975]. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Guimaraes, J.F. (2020). Políticas queer y abyección, o el ano como órgano antinorma. *Revista La Ventana*, 6(52), 40-69.
- Gros, A. (2016). Judith Butler y Beatriz Preciado: una comparación de dos modelos teóricos de la construcción de la identidad de género en la teoría queer. *Revista Civilizar: Ciencias Sociales y Humanas*, 16(30), 245-260.
- Mattio, E. (2012). ¿De qué hablamos cuando hablamos de género? Una introducción conceptual. En J. M. Morán Faúndes, M. C. Sgró Ruata y J. M. Vaggione (Eds.). *Sexualidades, desigualdades y derechos. Reflexiones en torno a los derechos sexuales y reproductivos* (pp. 85-103). Ciencia, Derecho y Sociedad.
- Nijensohn, M. (2015). Técnicas de subjetivación en la era farmacopornográfica. Una lectura de Paul B. Preciado. *I Congreso Lati-*

- noamericano de Teoría Social*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, Argentina.
- Preciado, P. B. (2001). Devenir bollo-lobo o cómo hacerse un cuerpo queer a partir del pensamiento heterosexual. En Córdoba, D., Sáez, J. y Vidarte, P. (Ed), *Teoría Queer. Políticas Bolleras, Maricas, Trans, Mestizas* (pp. 112-129). Egales.
- Preciado, P. B. (2005). Multitudes queer. Nota para una política de los “anormales”. *Nombres*, 19, 157-166.
- Preciado, P. B. (2008). *Testo Yonqui*. Espasa Calpe.
- Preciado, P. B. (2009a). La invención del género, o el tecnocordero que devora a los lobos. En *Conversaciones Feministas. Biopolítica* (pp. 1-12). Ediciones Ají de pollo.
- Preciado, P. B. (2009b). Transfeminismo y micropolíticas del género en la era farmacopornográfica. *Artecontexto*, 21, 24-26.
- Preciado, P. B. (2019). *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Anagrama.
- Preciado, P. B. (2020). *Yo soy el monstruo que os habla*. Anagrama.
- Retana Alvarado, C. (2012). Olvidar a Baudrillard: Sawicki, Butler y Preciado como lectoras de Foucault. *Revista Clepsydra*, (11), 23-39.
- Sicerone, D. (2017). La crítica de Preciado a Foucault. *Reflexiones Marginales*, (40), 1-8.
- Sicerone, D. (2020). La constitución del régimen farmacopornográfico de Preciado en diálogo crítico con Foucault y Deleuze. *Reflexiones Marginales*, 1(55), 1-24.
- Wittig, M. (2005). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Egales.
- Yáñez-Urbina, C. (2017). Claves para re-leer la sociedad de control: entre la psicopolítica y lo farmacopornográfico. *Liminales*, 1(12), 21-42.